

Agentes sociales: trayectorias, estrategias, capitales

Este artículo centra su indagación en las estrategias ocupacionales y las trayectorias vitales y laborales de hogares urbanos en situaciones de pobreza histórica del Gran Mendoza, desde la crisis argentina del 2001 al 2008.

El propósito central consiste en analizar la asociación existente entre las trayectorias laborales, las estrategias desplegadas y las trayectorias vitales de los hogares en momentos de crisis que afectan las relaciones de los agentes sociales con el trabajo.

Por: Julieta Dalla Torre
Martín Alejandro Ferreyra

Abstract

This article is focused on historical poor urban homes's occupational strategies and vital and labor trajectories, from Great Mendoza, since the argentinean crisis in 2001, until 2008.

The main goal is to analyze the connection between homes's labor trajectories, the strategies developed and the vital trajectories in critical moments that affect social agents's relationship with work.

Introducción

Este artículo se enmarca dentro de los estudios de las unidades domésticas y su reproducción cotidiana en contextos de vulnerabilidad social. El estudio centra su indagación en las trayectorias y estrategias laborales de hogares urbanos del Gran Mendoza en situaciones de pobreza estructural, en los últimos años, postcrisis del 2001 y fin de la convertibilidad.

Particularmente el propósito central es analizar la relación existente entre las trayectorias laborales, las estrategias desplegadas en el marco del mercado de trabajo mendocino y las trayectorias vitales de los hogares en momentos de «bifurcaciones biográficas» (Bidart y Longo, s/f), en los que se dan situaciones de crisis que afectan las relaciones de los agentes sociales con el trabajo en el marco del ciclo de vida familiar.

Los cambios ocurridos en el mercado de trabajo en los últimos años generan situaciones de marginalidad de grandes sectores de la estructura social que no logran insertarse en este mercado, o que por el contrario, alcanzan una inclusión precaria, deficiente, a través de empleos inestables, de bajas remuneraciones, pésimas condiciones, largas jornadas, y nulos beneficios sociales. Esta situación laboral genera importantes situaciones de «aislamiento social» (Suárez, 2004) que aumentan la vulnerabilidad. Los hogares en consecuencia deben desplegar estrategias laborales en busca de una mejor inserción en el mercado; estrategias que forman parte de las estrategias familiares de reproducción social, dirigidas al sostenimiento, reproducción y supervivencia de las unidades domésticas. Estas prácticas se insertan en trayectorias particulares que se desarrollan simultáneamente en diversas dimensiones (Graffigna, 2005: 15), y constituyen una respuesta económica puesta en juego a través de la inversión de fuerza de trabajo en el mercado.

Se cree que los recorridos laborales de los agentes sociales, condicionan las posibilidades objetivas o materiales de existencia de las unidades domésticas de pertenencia, marcando situaciones de mejora, estabilidad o caída, siempre en el marco del contexto más general en que desarrollan sus prácticas cotidianas de reproducción social; es decir, las condiciones que les impone el mercado laboral, el papel del Estado en determinado momento, la situación económica, política y social, entre otras.

En un mismo sentido, se busca conocer qué papel cumplen las estrategias laborales en las trayectorias de los hogares. Hasta qué punto estas estrategias

únicamente reproducen las condiciones objetivas familiares y hasta dónde permiten su transformación.

La investigación ha sido desarrollada desde una perspectiva interpretativa y un enfoque metodológico cualitativo. Particularmente, se han realizado entrevistas en profundidad a distintos miembros de hogares urbanos históricamente pobres del Gran Mendoza. Partiendo de sus testimonios, se buscó rescatar sus puntos de vista respecto de sus estrategias, sus trayectorias laborales y vitales familiares, en el marco de precarias condiciones estructurales.

A través de la exploración de sus experiencias de vida a lo largo de sus trayectorias, se busca recuperar, analizar y comprender de manera histórica y relacional, los modos en que han intentado resolver sus problemas de subsistencia, con mayor o menor éxito. Por ende, el estudio implica un análisis longitudinal, en el tiempo, de las trayectorias vitales y laborales y de las estrategias de los hogares «desde adentro»; es decir, desde un plano de indagación interno. El foco de atención se dirige a los elementos objetivos y subjetivos que conforman su realidad social, siempre en el contexto general en el que despliegan sus estrategias, interpretan sus prácticas, las representan, y valoran.

Consideraciones teóricas desde la perspectiva histórico-relacional

Las trayectorias

Los agentes sociales a lo largo de sus vidas recorren un continuo de experiencias que van trazando itinerarios, a veces más previsibles, a veces más aleatorios, con momentos de *rupturas* y momentos de *continuidades*, en diversas dimensiones: familiar, social, cultural, religiosa, laboral, política, económica (Bourdieu, 1998). En un mismo sentido, las unidades domésticas desde su conformación en un núcleo conyugal, y a lo largo de su historia de vida transitan por diversas situaciones, lo cual implica *ascensos o mejoras*, *situaciones de meseta o equilibrio*, y *caídas* en su bienestar (Goren et al., 2007: 8-12). Es evidente por consiguiente, la existencia de una estrecha relación entre las trayectorias vitales familiares y las posibilidades objetivas de bienestar de los hogares.

Analizar en profundidad sus «cursos de vida» (Acosta, 2003: 26) es sumamente importante para poder alcanzar algunos de los objetivos de esta investigación que se relacionan primeramente con poder dar cuenta de manera completa y diacrónica o longitudinal de las estrategias laborales desplegadas por dichos agentes

sociales entre el 2001 y el 2008, en contextos de trayectorias laborales y vitales de alta vulnerabilidad.

La categoría conceptual de trayectoria, intenta dar cuenta de la relación dinámica existente entre lo objetivo, lo estructural y las estrategias que despliegan estos agentes para revertir las condiciones en las que se encuentran insertos. De esta manera permite conjugar las biografías de los sujetos con los condicionamientos estructurales (Pries, 1999); particularmente las trayectorias desplegadas en el marco del mercado de trabajo, permiten articular lo objetivo con lo subjetivo, dando cuenta de los determinantes socioeconómicos existentes en un momento histórico determinado y en un espacio social concreto, tanto como de la toma de decisiones subjetivas, determinadas por las características individuales particulares de los trabajadores.

Entonces, el estudio de las trayectorias de vida no busca enfatizar ni en el condicionamiento social estructural ni en el voluntarismo de los agentes sociales, sino que intenta lograr una articulación entre ambas dimensiones (Muñiz Terra y Frassa, 2004), lo social y lo individual, lo macro y lo micro. Con lo cual es posible afirmar que el propósito de toda investigación centrada en las trayectorias se relaciona con reconstruir las condiciones objetivas de vida de los agentes sociales a lo largo de sus ciclos vitales familiares, lo cual supone dar cuenta de los capitales acumulados (económicos, culturales, sociales) y de sus estructuras de oportunidades subjetivamente evaluadas frente a contextos de vulnerabilidad, sus estrategias, sus representaciones en torno a éstas, a su eficacia, sus expectativas de cambio, y la toma de decisiones en torno a las prácticas a desplegar según los recursos disponibles.

Desarrollar el tema de las trayectorias de vida implica aclarar algunas premisas. En primer lugar, que estos itinerarios vitales o cursos de acción determinados socialmente, no son recorridos invariables, sino diversas etapas en el desarrollo del ciclo de vida familiar. En segundo lugar, es clara la asociación que se observa entre el tipo de empleo y las condiciones laborales de los miembros del hogar, principalmente del jefe y su esposa, con las posibilidades de mejora, estabilidad o caída de las condiciones de vida de las unidades domésticas. Aquellas cuyos mantenedores muestran años de permanencia en el mercado laboral -estatal o privado- y más aún en empleos formales, muestran signos de mejores condiciones objetivas de vida de sus miembros. Un tercer elemento central a la hora del análisis de las trayectorias vitales, además del tipo de empleo y la condición laboral

de los principales aportantes, es el momento del ciclo vital por el que las unidades familiares estén atravesando. El uso de la fuerza de trabajo y su distribución en tareas domésticas y extradomésticas dependerá de la etapa por la que estén transcurriendo los hogares y, entonces, de la edad de sus integrantes. También del sexo de sus miembros y de la relación de parentesco que tengan con el jefe/a de hogar. Además, la posesión de capitales también condicionará las trayectorias de vida. Por último, es central tener presente el contexto más general en que las unidades domésticas desarrollan sus prácticas cotidianas de reproducción.

En síntesis, las trayectorias individuales entendidas como los caminos posibles que puede adoptar un agente social a lo largo de su vida, son definidas en forma individual, pero también y principalmente a partir de condiciones estructurales u objetivas dadas (socioeconómicas y políticas, el contexto de socialización, el género, la edad, los capitales acumulados y poseídos, el empleo), que delimitan sus posibilidades de elección. En consecuencia, sus actividades laborales remiten a caminos posibles de acuerdo al espacio de juego del que forma parte. En relación con ello, sus trayectorias de vida y laborales al interior del hogar son diversas.

Particularmente, las trayectorias laborales pueden entenderse como cursos y orientaciones que toma la vida de los agentes sociales en cuanto al trabajo específico que despliegan en el mercado laboral, sea formal o informal. Los cambios en sus posiciones laborales son el resultado de acciones y prácticas desarrolladas consciente e inconscientemente a lo largo de sus itinerarios de vida, y no de manera aislada, sino en el marco de ciertos factores sociales que las condicionan. Es por ello que se afirma retomando a Muñiz Terra (2005), que el estudio de las trayectorias laborales permite reconstruir el proceso de asignación de individuos a posiciones sociales como un proceso relacionado con el tiempo de la vida de los agentes y con una determinada perspectiva del tiempo histórico.

El concepto de trabajo

El trabajo es entendido en un sentido amplio a modo de «relación social, a partir de la cual individuos y grupos construyen el sentido social, configuran sus respectivas identidades, organizan su cotidianeidad y son provistos de todo un universo de relaciones sociales, valoraciones personales y status social» (Beccaria y López, 1996 en Frassa, 2005). El trabajo tiene un carácter estructurante de las relaciones sociales, es decir, es una actividad que define al ser humano como tal (Angélico, s/f).

En el modo capitalista de producción, particularmente en el modo fordista bajo el Estado de Bienestar, el trabajo adoptaba la forma de «empleo asalariado», en el sentido de remunerado, con un contrato por tiempo indeterminado, estable, de jornada completa y con beneficios sociales. En el postfordismo, instaurado en los años setenta, el empleo formal asalariado fue reemplazado por otras formas caracterizadas por la precariedad, la informalidad, la inestabilidad en los contratos de trabajo. Estas nuevas características generan importantes transformaciones en las representaciones que los agentes sociales forman respecto del trabajo, sus significados, sus beneficios, y de los perjuicios del no trabajo; también cambios en sus expectativas; sus prácticas o estrategias de inserción y permanencia en el mercado laboral.

El mundo del trabajo se ha modificado significativamente. «De ser predominantemente un universo inclusivo y el principal actor de integración a la vida social, se ha transformado en acceso restringido, que condena a amplios sectores a vivir los márgenes, tanto materiales como simbólico de la vida en común» (Angélico, s/f).

En el marco del interrogante central de este estudio, cuál es la relación existente entre las trayectorias laborales, las estrategias desplegadas y las trayectorias vitales de hogares en situación de pobreza histórica, en este artículo se parte de la importancia del trabajo como recurso dinamizador de las condiciones objetivas de vida y de reproducción familiar de los agentes sociales (González de la Rocha, 2005; Goren, Suárez y Gómez, 2007; Moser, 1998; Suárez, 2004; Eguía y Ortale, 2007), contrariamente a la posición sostenida por las investigaciones latinoamericanas clásicas sobre estrategias de supervivencia (Lomnitz, 1975; González de la Rocha, 1986; entre otras).

El trabajo es central dentro de los recursos que movilizan los hogares. La mano de obra es el principal activo en situaciones de vulnerabilidad. En otras palabras, es el principal capital a vender en el mercado de trabajo a cambio de un salario que permita asegurar la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, de la familia y, en general, de la sociedad. Con lo cual es posible afirmar que existe una jerarquía entre los capitales que ponen en juego las familias para asegurar su lugar y permanencia en el espacio social (Suárez, 2004; Saraví, 2007; González de la Rocha, 2007).

Particularmente el trabajo estable, condiciona el bienestar familiar. Los cambios en la relación salarial afectan las trayectorias laborales y vitales de amplios sectores

de la población. El trabajo «estable» tiene una centralidad muy evidente en los testimonios de los entrevistados y en sus estructuras de oportunidades y bienestar. De ahí que la dinámica familiar en torno al trabajo, a la inserción de la fuerza laboral, al igual que las representaciones y las expectativas futuras, esté desplegada en torno al mismo.

Dada la importancia que reviste el trabajo para los hogares, es central comprender las representaciones y valoraciones que los agentes tienen respecto del mismo; y también reconstruir y analizar las trayectorias ocupacionales del principal proveedor (jefe o no del hogar) e indagar en sus transformaciones a lo largo del ciclo de vida familiar, ya que estas trayectorias condicionarán marcadamente las trayectorias vitales familiares y sus estrategias. Obviamente, la mayor disponibilidad de recursos acumulados de diversos tipos pondrá a los hogares en mejores condiciones de enfrentar la más o menos precaria realidad laboral del jefe de hogar.

Las estrategias de generación de ingresos

Las estrategias de generación son entendidas como aquellas prácticas de reproducción que los hogares despliegan frente a la caída de sus niveles de vida. Estas estrategias fueron reconstruidas y analizadas en el período 2001-2008 en el marco de las características sociodemográficas de los hogares (momento del ciclo vital, composición, tamaño, tipo de hogar, clima educativo, etcétera) y, del contexto macro económico, político y social de la provincia y el país en el que los hogares despliegan sus prácticas cotidianamente.

Se partió de la idea de que las estrategias de generación de ingresos, que permiten a las familias organizar los recursos para vivir y asegurar su reproducción mediante la obtención de ingresos monetarios y no monetarios, forman parte de las muchas prácticas que las unidades domésticas y sus miembros deben desarrollar cotidianamente para poder reproducirse y sobrevivir, mitigando las deterioradas condiciones materiales de existencia en que se encuentran insertos.

Hablar de las características generales de las estrategias de reproducción social en el marco de los hogares es hacer referencia principalmente a la naturaleza colectiva de estas prácticas, en el sentido que siempre existe en ellas el condicionamiento del grupo familiar, más aún cuando estas estrategias buscan el bienestar de este agente social colectivo.

El desarrollo de las estrategias está condicionado por los recursos de los hogares, sus características sociodemográficas (división intrafamiliar del trabajo según la dimensión de género, generacional y de parentesco, composición y tamaño del hogar, momento del ciclo vital familiar, nivel de instrucción de sus miembros, tipo de vivienda, entre otras), laborales (tipo de empleo del jefe de hogar y pareja), sistema de valores y representaciones, y el contexto más general en que se encuentran insertos (tipo de Estado, condiciones del mercado de trabajo, empleo poseído, condiciones socioeconómicas contextuales...).

Los hogares en situaciones de pobreza estructural

El contexto de indagación en esta investigación lo constituye el hogar, entendido como todo grupo de personas que viven bajo el mismo techo y comparten los gastos de alimentación. «(...) ámbito social, cultural e históricamente situado de organización de procesos y estrategias de reproducción económica y generacional, en interacción con el contexto económico y social» (Donza, 2000: 13 en Salvia (dir.), 2000). Lugar de relaciones materiales, simbólicas y afectivas entre agentes que comparten presupuesto y vivienda, donde organizan en armonía o en conflicto diversas actividades necesarias para la obtención, distribución y consumo de recursos monetarios y no monetarios; además, prestan servicios, producen bienes para el autoabastecimiento y/o para el mercado, y buscan desarrollar y conservar las redes de relaciones sociales de intercambio, solidaridad y poder, entabladas con otros agentes.

Según Jelin (1984: 34; 1994: 31) un hogar es «una organización social, un microcosmos de relaciones de producción, de reproducción y de distribución, con una estructura de poder y con fuertes componentes ideológicos y afectivos (...), pero donde también hay bases estructurales de conflicto y lucha. Al mismo tiempo que hay tareas e intereses colectivos, los miembros tienen intereses propios, anclados en su propia ubicación en la estructura social». Las relaciones sociales en el interior del hogar se organizan en torno a diferencias de edad (diferencias intergeneracionales), género y tipo de parentesco familiar (padres, hijos, abuelos). En tal sentido, reproducen la tradicional división sexual del trabajo.

La investigación se centró en el grupo de *hogares en situaciones de pobreza¹ estructural*. Éstos se encuentran en una realidad de carencia y privación sostenida por muchos años. No obstante, también constituye un grupo de familias bastante diferente entre sí, dado que sus capitales disponibles, sus características sociodemográficas, sus itinerarios vitales, sus vivencias y representaciones, no son iguales, sino que muestran particularidades relacionadas básicamente con el ingreso, el nivel de instrucción, la composición familiar, las edades de los miembros y otras.

Estos hogares históricamente pobres se caracterizan además por presentar carencias objetivas (ingresos monetarios insuficientes para asegurar la reproducción familiar, necesidades básicas insatisfechas, tales como alimentación, salud, educación, vivienda, infraestructura sanitaria, transporte, porque sus deficientes ingresos no logran cubrir estas demandas esenciales), y su limitada estructura de oportunidades, que les impiden sortear los inconvenientes que cotidianamente el entorno les impone, mucho más en condiciones de crisis estructural como la del 2001.

1 En este trabajo pobreza es definida como «(...) la privación de los activos y oportunidades esenciales a los que tienen derecho todos los seres humanos» (Arriagada, 2005: 101); «(...) Deriva de un acceso restrictivo a la propiedad, de bajos ingresos y consumo, de limitadas oportunidades sociales, políticas y laborales, de insuficientes logros educativos, en salud, en nutrición, en acceso, uso y control en materia de recursos naturales, y en otras áreas del desarrollo. (...) la interpretación de la naturaleza precisa de la pobreza depende de factores culturales, como los de género, raza y etnia, así como del contexto económico, social e histórico» (Arriagada, 2005: 102). Así, los agentes en situación de pobreza son sometidos a «un entramado de relaciones de privación», como afirma Vasilachis (2003). La pobreza es entendida de modo multidimensional, dinámico y relacional; primero, en el sentido que es un fenómeno que presenta múltiples dimensiones (los *aspectos objetivos o materiales* de las condiciones de vida de los agentes sociales, relativos a la alimentación, educación, salud, vivienda, inserción en el mercado laboral y participación social; los *aspectos subjetivos y simbólicos*, no materiales, que se relacionan con la propia interpretación que las personas hacen de su situación, con la representación que las distintas culturas tienen de la pobreza, con el bienestar, vulnerabilidad, inseguridad y exclusión social, y la *dimensión diacrónica* que permite incorporar la trayectoria familiar en el estudio de las condiciones de pobreza y, con ello, las transformaciones sufridas en el tiempo). Segundo, la pobreza constituye un fenómeno dinámico, no estático, es un proceso, que puede variar por la influencia de factores individuales, familiares y, estructurales. Tercero, es un fenómeno relacional en el sentido de analizarlo teniendo en cuenta los vínculos que los agentes entablan con otros. En síntesis, se debe hablar de *las pobrezas*, como situaciones en las que los agentes pueden entrar y salir recurrentemente y no de una condición; no se es pobre, sino que se está en situación de pobreza; situación transitoria y no natural. Esta transitoriedad hace necesario reconstruir las trayectorias de los hogares, para dar cuenta de los cambios ocurridos en el marco de los vaivenes en lo doméstico y contextual (Dalla Torre, 2010: 71).

En general habitan en viviendas en condiciones de infraestructura y de servicios sumamente precarias, con tenencias irregulares, y en asentamientos o barrios precarios, villas de emergencia, o tomas de tierra; espacios residenciales sumamente vulnerables, dominados por el hambre, la insalubridad, la violencia, la falta de acceso a la educación, a la salud, y a las oportunidades de trabajo, también la pobreza y el aislamiento crecientes de sus habitantes. Además de estos déficit de capitales económicos, comúnmente cuentan con reducidos capitales sociales y culturales, que agravan su situación de vulnerabilidad.

Las trayectorias vitales de estos hogares permiten ver las «desventajas acumuladas», o los «espirales de desventajas» (Saraví, 2007: 29; González de la Rocha, 2007: 159), que caracterizan a sus condiciones materiales y simbólicas de vida.

Consideraciones metodológicas

El enfoque metodológico apropiado para esta investigación implicó la aplicación de una metodología cualitativa en el marco del paradigma interpretativo, centrado en las opiniones de los informantes y en la comprensión de sus prácticas y representaciones sociales, en el contexto de sus condiciones estructurales de existencia que fundamentan sus experiencias de vida. Se aplicó la técnica de la entrevista en profundidad.

Este estudio cualitativo fue desarrollado sobre una muestra intencional, teórica. El análisis cualitativo y el procesamiento de los datos se realizaron a partir de la propuesta de Glaser y Strauss (1967) de la Grounded Theory y teniendo en cuenta que las unidades de observación están inscriptas en procesos sociales que condicionan sus experiencias de subsistencia. Se aplicó el programa de análisis de datos cualitativos Atlas.ti 5.0.

El contexto socio-histórico del estudio

Desde una perspectiva sociohistórica esta investigación se enmarca en un proceso de profunda crisis que se inició en el 2001 en la Argentina, de fuertes consecuencias para los hogares argentinos y concretamente para el conglomerado del Gran Mendoza, objeto de estudio del presente artículo.

La crisis del 2001 ocasionó una generalizada caída de las condiciones de vida de gran parte de la población mendocina. Se considera esencial poder dar cuenta brevemente de su intensidad y extensión para entender las consecuencias que

tuvo en los hogares analizados y entonces, comprender las estrategias que desplegaron en respuesta a lo largo de sus trayectorias vitales, durante el período analizado 2001-2008.

A continuación, se realizará un recorrido histórico que permitirá ubicar socio-históricamente a los hogares estudiados, conociendo las circunstancias objetivas, macro económicas, sociales y políticas de la crisis del 2001. Poder caracterizarla implica remontarse a mediados de los años setenta, época en que se implanta en Argentina un nuevo patrón de acumulación neoliberal, que llevó –veinticinco años después– a la crisis más importante de su historia.

Los años previos a la crisis del 2001

Hacia mitad de la década del setenta, la implementación de un nuevo modelo de acumulación rentístico-financiero inaugurado por la dictadura militar en 1976, significó el abandono de la sociedad salarial o modelo industrial substitutivo, basado en la industrialización mediante sustitución de importaciones y orientado al mercado interno; es decir, a la producción nacional y al consumo masivo de bienes durables de los asalariados. Asimismo, comenzó una profunda transformación, económica, social, política y cultural, que implicó el aumento en la desigualdad de la distribución del ingreso y de bienes y servicios, de la fragmentación, y un proceso de movilidad social descendente, con un incremento en las distancias sociales (polarización). Esta situación –que inauguró un nuevo orden social apoyado en nuevas relaciones de dominación (Wortman, 2007: 24)– fue similar en gran parte de Latinoamérica y continuó y se profundizó en los ochenta y noventa, cuando se consolidó con el menemismo.

Toda la década del ochenta estuvo marcada por una de las características del nuevo régimen de acumulación, que se fue gestando a partir de las transformaciones estructurales producidas por las políticas de la dictadura militar: la constante necesidad de endeudamiento externo (Dalla Torre y Ferreyra, 2005: 7). Esta situación llevó a recesiones y luego a la hiperinflación de 1989; proceso que fue superado a principios de los noventa con la aplicación de un régimen de convertibilidad y un conjunto de reformas estructurales que alteraron las reglas de funcionamiento económico: liberalización del comercio exterior, desregulación de los mercados y traspaso de monopolios públicos al sector privado (Salvia coord., 2007: 1). Así, se profundizó el modelo económico neoliberal instituido desde 1976. El Estado actuó como un verdadero protagonista de esta

transformación de la estructura económica con una «rerregulación» de la economía, claramente distinta de la del pasado (Dalla Torre y Ferreyra, 2005: 11).

La primera mitad de la década del noventa se distinguió por la preeminencia de un mercado de trabajo relativamente estable, con tasas de desempleo y subempleo tendencialmente en descenso pero con una tasa de precariedad laboral en crecimiento. No obstante, a mediados de los noventa, las condiciones del mercado laboral empezaron a deteriorarse, originando un segundo período caracterizado por un significativo aumento en las tasas de desempleo, subempleo e informalidad (González, Malfa y Schejter, 2003: 18).

Durante esta época nuevas políticas económicas y financieras se aplicaron en el país y se sucedieron grandes cambios a nivel del Estado, que generaron importantes y permanentes transformaciones en la sociedad. Algunas de éstas² son la paulatina reducción del Estado y la desaparición de sus funciones redistributivas como aparato asegurador de igualdades mínimas de derechos y necesidades entre los sectores sociales; el traspaso de las injerencias estatales nacionales a los niveles provinciales y de éstos a los municipales; la privatización de empresas y servicios públicos; la concentración de los capitales en manos principalmente de grandes empresas transnacionales y algunas nacionales; el marcado y constante endeudamiento nacional como resultado de la estatización de la deuda privada; el aumento del valor de los productos de la canasta básica, con una consecuente reducción salarial; el cierre de un gran número de pequeñas y medianas empresas, talleres y negocios generando masivos despidos de trabajadores asalariados y un fuerte incremento en el desempleo, característica intrínseca del nuevo modelo de acumulación y reproducción del capital de los noventa; la transformación en la dinámica del mercado de trabajo con la destrucción de la industria nacional y el auge del sector servicios y financiero; la precarización laboral, que significó la caída de los salarios, el aumento de los contratos temporarios y del trabajo no registrado, resultado de la reforma de los contratos de trabajo («individuación» de trabajadores, parcelación de la negociación colectiva), significando una reducción y eliminación absoluta de los derechos de los trabajadores; la flexibilización laboral consecuencia de la transformación de las relaciones laborales; la desigualdad en la distribución de

2 Gran número de estudios han dado cuenta de ellas. Los consultados son: Minujin (1993); Murmis y Feldman (1993), Azpiazu, Basualdo y Khavisse (1989), Neffa (1998), Rapoport y col. (2000), Calcagno y Calcagno, E. (2000).

los ingresos que generó la concentración diferencial de la riqueza; el profundo y generalizado empobrecimiento de la población acompañado de un aumento de la inaccesibilidad a los derechos sociales básicos como trabajo, alimentación, salud, educación y vivienda; la fragmentación, segmentación y polarización de la sociedad visible al interior de los sectores medios con la aparición —como fracción mayoritaria— de los «nuevos pobres», grupos que nunca antes habían visto descender sus niveles de bienestar en tal magnitud y que cayeron estrepitosamente en situaciones de pobreza, volviéndose más vulnerables. También, con el surgimiento de una fracción media que ascendió, los «nuevos ricos». Finalmente, con los «pobres estructurales» que quedaron en una situación de marginación absoluta y permanente, siendo cada vez más difícil su subsistencia.

Entonces, hacia finales de los noventa, la sociedad argentina se reestructuraba, se volvía cada vez más polarizada, al aumentar la brecha entre los sectores que más tenían (cada vez más reducidos) y los que menos tenían (cada vez más numerosos). Asimismo, entre éstos últimos crecía la heterogeneidad, ya que a los históricamente pobres se les sumaban los que alguna vez habían logrado escapar de la pobreza en el marco de un Estado de bienestar y, otros, antes no pobres, «los nuevos pobres», originarios de sectores medios, que habían sufrido una marcada y constante movilidad descendente (Minujin, 1993: 16). Entonces, la sociedad no presentaba más la estructura dualista de los setenta, entre quienes lograban permanecer incluidos y quienes estaban excluidos; sino muy fragmentada, pero en la que sin embargo, podía observarse un sector cada vez más enriquecido, otro cada vez más pobre y, por último, uno en crecimiento, afectado en distinto grado y forma (Murmis y Feldman, 1997: 217).

Hacia finales de la década, en un contexto de crisis financieras internacionales (Tailandia, Rusia y principalmente Brasil), se generó una prolongada recesión en el país, que se sumaba al déficit fiscal y a la elevada deuda externa. Como resultado, a partir de 1999 y con un nuevo gobierno que mantuvo el mismo modelo económico, se impusieron medidas de ajuste fiscal y refinanciamiento de la deuda, que terminaron agravando la recesión (Salvia, coord., 2007: 2).

El estallido de la crisis

Finalizando el 2001, la crisis del modelo de convertibilidad desencadenó un enorme colapso económico, social, político e institucional. La elevada fuga de capitales hacia el exterior llevó a la inmovilización de los depósitos bancarios a

través de la implantación del «corralito» financiero, que afectó particularmente a los pequeños ahorristas y originó una crisis monetaria sin precedentes. A principios de diciembre, en tiempos del «corralito» fueron restringidas las transacciones, y por ende, los gastos de los asalariados. Los trabajadores informales se veían impedidos de continuar sus actividades de subsistencia por la ruptura de la cadena de pagos, debido al limitado circulante disponible. Hacia mediados del mes, una serie de saqueos en el conurbano bonaerense y en el interior del país, incluido el Gran Mendoza, sumado a la represión de un gobierno sin capacidad alguna, llevaron a su caída, en el marco de los cacerolazos de los vecinos.

Este complejo escenario inaugura una nueva época oscura para Argentina, la «crisis del 2001», que significó un proceso inusitado de agudización de la polarización social; de crecimiento permanente del universo de la pobreza, de su heterogeneidad y de segmentación del sistema de movilidad social como nunca antes. Se dio un fuerte aumento del desempleo, del trabajo precarizado y una intensa caída en los niveles de ingreso y del poder adquisitivo de amplias fracciones de los sectores medios, que quedaron desempleados u ocupados en actividades de remuneraciones por debajo de la línea de pobreza y de los sectores pobres en su conjunto. Así, se volvieron más evidentes los «desalentados» del mercado de trabajo y los «cartoneros», como una nueva categoría ocupacional (Wortman, 2007: 33). Feijóo (2003) afirma que la sociedad argentina fue desmantelada económica y simbólicamente en términos de derechos y bienestar. Mendoza y particularmente el conglomerado del Gran Mendoza no fueron ajenos a esta crisis. A continuación, se explicitan algunos valores que dan cuenta de su magnitud³.

De acuerdo con Salvia y Vera (2004) en Gran Mendoza aumentó la iniquidad por el aumento en la concentración de ingresos de los hogares de mayor poder adquisitivo, distribuyéndose la pérdida sobre el resto de la estructura social. Entonces, la brecha de ingresos entre el primero y el segundo quintil de hogares y el quinto subió de 6,2 en 1991 a 8,2 en 2001. Con la crisis de 2001, la brecha social se expandió más. Entre octubre de 1998 y octubre de 2002 la relación entre el ingreso per cápita promedio del 10% de los hogares más ricos y el 10% más pobres creció 7 puntos de 17 a 25, aumentando la brecha 47%. El coeficiente de Gini pasó de 0,43 a 0,48 para el mismo período, significando un aumento del

3 Se consultaron datos secundarios de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) para el conglomerado del Gran Mendoza y del total del país, y de los Censos nacionales de población de 1991 y 2001. Asimismo, se recurrió a trabajos especializados sobre la crisis del 2001, sus causas y consecuencias.

12% en la concentración de los ingresos. Entre 1991-1998, ésta creció solo 3% (Trapé, coord., 2004: 378).

Según la EPH para las ondas de octubre 1991 y 2001, los ingresos reales de los hogares urbanos del Gran Mendoza sufrieron una retracción entre 1991-2001 de 7% (de \$860 a \$767). Esta caída es ampliamente mayor a la media nacional de -5,9% (Salvia y Vera, 2004). Sin embargo, el impacto principal de la reducción de los ingresos laborales reales se dio entre mayo de 2001 y octubre de 2002 (Trapé, coord., 2004: 372) y continuó en baja. La pérdida de ingresos reales familiares constituye el elemento principal de incremento de la pobreza en la crisis de 2001. Sin embargo, es importante también tener en cuenta otro factor que agravó la situación de los hogares: el aumento de los precios de los bienes de la canasta alimentaria básica. Si bien en el período 1998-2001 hubo una deflación de precios, a partir de 2002 con la salida de la convertibilidad éstos subieron considerablemente, afectando particularmente —con un aumento superior a 44%— a los hogares de menores ingresos, que destinaban gran parte de éstos a bienes alimentarios de subsistencia (Trapé, coord., 2004: 373-375).

El porcentaje de hogares mendocinos con alguna necesidad básica insatisfecha en 1991 ascendía a 15,3% y en 2001 a 13,1% (DEIE, 2007: 31). El elevado valor de 1991 puede interpretarse como el resultado de la crisis hiperinflacionaria que vivió Argentina hacia fines de los ochenta y su caída hacia el 2001 como el producto de la mejoría económica relativa lograda hasta mediados de los noventa. El valor para el 2001 no alcanza a registrar la profunda crisis que se desató meses después de realizado el Censo Nacional de Población y que perduró hasta bien entrado el 2003.

El porcentaje de hogares urbanos del Gran Mendoza en condiciones de pobreza por ingresos sufrió un substancial incremento a partir de mayo de 2001. Éstos representaban el 27,6% del total esa fecha, 41,2% en mayo del 2002 y 43,5% en el primer semestre de 2003, registrando su valor más elevado. Los hogares en situación de indigencia tuvieron un igual crecimiento. Representaban el 7,6% del total del Gran Mendoza en mayo de 2001, el 17,3% el año próximo y el 19% en el primer semestre de 2003 (DEIE, 2007: 32). El incremento en el porcentaje de hogares pobres vuelve evidente la caída de los ingresos de un gran número de familias que terminaron por debajo de la línea de pobreza.

Surge del párrafo anterior que los valores para ambos indicadores (pobreza e indigencia) muestran una tendencia decreciente a partir del segundo semestre

de 2003 y hasta el 2008. Esta situación particular del Gran Mendoza se repite en los otros aglomerados urbanos del país. Al respecto, la tasa de pobreza para el total de aglomerados en el primer semestre de 2003 era de 54 y en el segundo semestre del mismo año se redujo el 11,5%, llegando al 47,8. La tasa de indigencia en el primer semestre de 2003 era de 27,7 y en el segundo disminuyó 26%, pasando a ser de 20,5 (Lozano y Raffo, 2004: 9, 11). Entonces, hacia la segunda mitad de 2003 se comienza a evidenciar una lenta mejora en las condiciones de bienestar social y económico de los hogares. En el segundo semestre de 2005, el porcentaje de población pobre del Gran Mendoza disminuyó a 33,8% y el de indigente a 12% (SIEMPRO, 2006: 10, 13).

Con relación a la participación en el mercado laboral de los hogares urbanos del Gran Mendoza se puede indicar que la tasa de pleno empleo de los jefes tuvo una retracción significativa de 15,4%, pasando de 90,7 en 1991 a 76,6 en 2001. La variación fue de -41% para el primer quintil de hogares y de -12% para el segundo. Es evidente el fuerte impacto del desempleo particularmente sobre las familias más pobres. La tasa de subocupación horaria de los jefes aumentó 115%, de 7,7 en 1991 a 16,5 en 2001, siendo inferior a la media urbana nacional de 174% (Salvia y Vera, 2004). Este incremento dificultó aún más la situación, dado los elevados valores de desempleo.

La tasa de desocupación abierta aumentó 353,3% entre 1991 y 2001, superando a la media nacional de 176%. Pasó de 1,5 en 1991 a 6,8 en 2001 (Salvia y Vera, 2004). El porcentaje de jefes de hogar desocupados en 2001 en Mendoza era de 14,1% y el de desocupados de la población total ascendía a 18,2% (DEIE, 2007: 132). La tasa de desocupación de los varones era de 3,2 en 1991 y de 12,6 en 2001. La de las mujeres era de 6,8 en 1991 y 7,1 en 2001 (González, Malfa Gold y Schejter, 2003: 20). Desde mediados de los noventa hasta fines de 2001, fue superior el número de desocupados varones que de mujeres ya que los varones vivieron una fuerte disminución en su participación laboral, que las mujeres suplieron pasando a ejercer la jefatura familiar en el marco de un empeoramiento en las condiciones de bienestar familiar y de transformaciones sociales y culturales. Paralelamente, se observa un crecimiento en la oferta de mano de obra femenina que supera a la dinámica de la demanda y explicaría parcialmente el aumento en las tasas de desocupación femeninas en la crisis de 2001. En mayo de 2002, la tasa de desempleo de los jefes de hogar del Gran Mendoza era del 11 y bajó al 7 en mayo de 2003.

El incremento en el desempleo se dio juntamente con un manifiesto aumento de la precarización laboral, es decir, con un empeoramiento de la calidad de los puestos de trabajo disponibles en el mercado. En tal sentido, la tasa de empleos no registrados en el Gran Mendoza, cercana al 35% a comienzos de los años noventa, conservó una tendencia creciente a lo largo de la década y terminó a fines de los noventa con valores próximos a 41% (González, Malfa Gold y Schejter, 2003: 19). Los trabajadores formales que perdieron sus empleos fueron situándose en el sector informal. Esto alteró notablemente el perfil ocupacional de los mercados laborales urbanos argentinos. La tasa de empleo formal varió -28,2% entre 1991-2001 para el primer quintil de hogares del Gran Mendoza y -18,7% para el del segundo (Salvia y Vera, 2004: 237, 238).

Entre la salida del gobierno radical del 20 de diciembre de 2001 y el inicio del nuevo año se sucedieron cinco presidentes, lo que demuestra la inestabilidad institucional del país. A su vez, el abandono legal de la ley de convertibilidad y la devaluación del peso en enero de 2002, generaron una mayor caída del salario que redujo en alrededor de 24% su capacidad adquisitiva, al mismo tiempo que la inflación -resultado de la devaluación- aumentó los productos de la canasta básica de alimentos más de 78% (SIEMPRO, 2003 en Feijóo, 2003). Esta situación de marcado deterioro de los salarios de los trabajadores, se transformó en menores ingresos para los hogares y en un aumento en la pobreza e indigencia aún mayor.

Durante el 2002, las medidas implementadas por el nuevo gobierno -abandono de la ley de convertibilidad y del corralito, adopción de un tipo de cambio flexible, devolución de depósitos bancarios, diseño e implementación de políticas sociales para la transferencia de ingresos a los sectores más necesitados: Programa de Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, becas escolares, Programa Familias, Programa de Emergencia Alimentaria y otras- no lograron revertir la crisis económica y social. El desempleo y el trabajo precarizado y de bajos salarios siguieron en aumento.

El período poscrisis

Recién hacia finales de 2003 se comenzó a vislumbrar cierta reactivación económica. En 2002, la devaluación del peso transformó profundamente el sistema de precios, ocasionando un aumento importante del tipo de cambio real y de la competitividad externa; un fuerte superávit de la balanza comercial, que

en un contexto internacional favorable, inició una nueva etapa expansiva del mercado interno y las finanzas estatales basada en las exportaciones transables; la parcial re-sustitución de importaciones manufactureras y la inversión en la construcción privada; todo lo cual generó una recuperación de la demanda de empleo (a costo laborales mucho inferiores), aunque con un generalizado derrumbe de los salarios y los ingresos reales de los hogares (Salvia, coord., 2007: 2). El debilitamiento de los ingresos siguió predominando en 2003, sobre la desaceleración de los precios respecto del 2002 y los leves efectos de la reactivación económica (Lozano y Raffo, 2004: 14).

También, hacia el segundo semestre de 2003 se observó una mejora en el mercado de trabajo. La tasa de empleo para el total de conglomerados urbanos de Argentina creció 1,7 puntos, pasando de 36,9 en el primer semestre de 2003, a 38,6 en el segundo semestre del mismo año. La tasa de desempleo disminuyó 3,7 puntos, de 19,1 en el primer semestre de 2003 a 15,4 en el segundo. La tasa de subocupación también descendió 1,4 puntos, de 17,8 a 16,4 en el mismo período, mostrando una reducción inferior al aumento del empleo, lo cual puede interpretarse como que parte importante del empleo creado fue de baja calidad (Lozano y Raffo, 2004: 10).

Los años subsiguientes fueron mostrando ciertas mejoras en los indicadores sociales hasta el 2008 en que se inicia una nueva crisis de dimensión mundial que afecta al país y lo devuelve al largo camino de la búsqueda de una sociedad más igualitaria e inclusiva que alguna vez, no hace mucho, supo conseguir.

Las trayectorias vitales y laborales: capitales, carencias y vulnerabilidades sostenidas en el tiempo (desde 2001 hasta mediados de 2003)

En el presente apartado se buscará dar cuenta de los objetivos propuestos, a partir de la presentación de algunos de los resultados alcanzados luego del análisis en profundidad de los datos primarios recogidos; análisis realizado a la luz de la perspectiva teórica adoptada.

Tal como se expresó, durante el 2001 y los primeros dos años de poscrisis, la situación laboral en el Gran Mendoza -al igual que en el resto del país- se caracterizaba por la informalidad, inestabilidad por los repetidos episodios de desempleo, bajos salarios y desprotección. A continuación, se busca caracterizar las distintas trayectorias encontradas entre los informantes.

Los jefes de hogar varones

Trayectorias precarias de continuidad

En estos años en general, los jefes de hogar de los hogares pobres históricos analizados realizaban actividades de producción informales de manera independiente, principalmente changas, de forma exclusiva, mayormente trabajos manuales en la construcción, en mantenimiento de maquinarias, en jardinería, en fincas y también venta ambulante de diferentes productos y seguridad de empresas.

Estos agentes habían vivido antes de 2001 trayectorias de desempleo estructural, conjugado con situaciones de desaliento. Sus trayectorias laborales eran recurrentemente de ruptura⁴ y caída progresiva. Es decir, mostraban trayectorias laborales de *continuidad*, caracterizadas por la alta inseguridad y por el descenso constantes; en otras palabras, participaciones ocupacionales sostenidas

4 *Trayectorias laborales de ruptura.* Este tipo de recorrido con rupturas, en general hace alusión a los cambios numerosos y repentinos en la participación de los aportantes en el mercado de trabajo resultado de diversas causas, tanto individuales como contextuales. Las primeras pueden ser la jubilación del trabajador, los cambios de empleo informal (pasar de una actividad precaria a otra igual, de changa en changa) o de uno informal a uno formal o viceversa, la reducción de su jornada laboral; las segundas aluden principalmente al despido.

En general, y tal es el caso entre los informantes de esta investigación, toda ruptura implica objetivamente un quiebre en el día a día del mismo agente y su grupo familiar: «Cosas que dejan de poder hacerse, de poder comprarse, etcétera». También, en sus historias laborales, así como en las de sus familias.

En el interior de los hogares se modifican los roles, tareas, y la división del trabajo doméstico y extradoméstico. Asimismo, esta situación supone la organización y el despliegue de nuevas estrategias que ayuden a sortear las transformaciones ocasionadas y, entonces, recuperar las condiciones de vida previas al incidente, principalmente prácticas de generación de ingresos que sustituyan los ingresos ausentes o reducidos del aportante.

Sin embargo, la ruptura en la cotidianidad laboral no siempre es negativa, sino que en ocasiones genera consecuencias positivas, que mejoran las condiciones ocupacionales del trabajador, así como los niveles de vida de sus familias. Principalmente, cuando se cambia el empleo por otro que presenta mejores condiciones de trabajo, superiores salarios y mayores posibilidades de ascenso. Tal situación la vivieron algunos jefes de hogar cuando luego de la crisis del 2001 pudieron romper con la tradición informal que mantenían y lograron conseguir un empleo protegido. Esto al menos les significó un sueldo estable, mensual, una cobertura en salud y la modificación de algunas prácticas como las de consumo.

Todo quiebre en una trayectoria laboral también genera efectos en lo interno o subjetivo de los agentes y sus familias. Se rompe lo cotidiano y así todo lo que hasta ese momento era seguro; surgen las necesidades objetivas del hogar y aparecen los miedos, la angustia, y la desesperanza por un futuro que parece no poder cambiar.

en el tiempo por más de diez años. Esta permanencia en el mercado de trabajo informal generaba fuentes de dinero más precarias e ingresos económicos más limitados, que a su vez los llevaba a tener mayores probabilidades de presentar inferiores niveles de bienestar, dadas las dificultades de cubrir necesidades materiales básicas. Es decir, eran hogares más vulnerables económica y socialmente, porque sus principales perceptores de ingresos eran trabajadores desprotegidos.

Se creaba así un círculo vicioso que restringía los vínculos sociales y la información que extendiera las oportunidades de acceso a empleos de calidad, para modificar sus altamente vulnerables condiciones de vida. Esta continuidad en la precariedad en el ámbito del trabajo era transmitida a sus familias, determinando itinerarios vitales igualmente caracterizados por el empobrecimiento, la inseguridad y la incertidumbre. Se daba así una transmisión intergeneracional (intrafamiliar) de la privación y la pobreza. Además, el alto número de nacimiento en los hogares llevaba a *situaciones o fases de desequilibrio* en cuanto a la disponibilidad y al gasto de los recursos: eran muchos los consumidores y pocos o ninguno los aportantes de ingresos.

Trayectorias formales de continuidad

No obstante, un número escaso de estos varones presentaban trayectorias de continuidad pero en empleos formales, con antigüedades mayores a los cinco años. De todas maneras, algunos de ellos conjugaban estas actividades protegidas con otras precarizadas, como changas de todo tipo. Estos hogares presentaban situaciones más favorables para la reproducción doméstica, sea de progreso o, al menos, de estabilidad en sus condiciones de vida, dada la existencia de un ingreso más seguro.

En consecuencia, la condición de *continuidad* en una trayectoria laboral puede significar tanto una mejoría en las condiciones de bienestar familiar, como también largos períodos de tiempo caracterizados por la precariedad y la desprotección, tal como se observó más arriba.

Las mujeres y sus trayectorias laborales

En el caso de las mujeres, sus trayectorias laborales en general eran más cortas que la de los varones, porque si bien su participación en el mercado comenzaba a corta edad como la de éstos, ellas las interrumpían durante sus embarazos y mientras sus hijos eran pequeños. Algunas tuvieron tantos que no volvieron a

trabajar, o lo hicieron cuando ellos ya eran más grandes. De esta manera, la participación laboral femenina, el tipo de empleo, la permanencia en el mercado y, por ende, sus recorridos, se encontraban condicionados por el ciclo de vida familiar, más que por las dificultades económicas.

Estos itinerarios estaban repletos de rupturas, inestabilidad y precariedad. Sus trabajos eran informales, de reducida duración, remuneraciones bajas e inexistencia de seguridad social. De esta manera podían conciliar su doble rol de madres y amas de casa con el de trabajadoras extradomésticas. Es decir, estas inserciones informales en última instancia terminaban convirtiéndose en estrategias de articulación entre lo reproductivo y lo productivo.

Hacia el 2001, algunas de estas mujeres en muy precarias condiciones económicas, que no trabajaban en ese momento salieron a insertarse al mercado de trabajo, principalmente debido a la falta de empleo de sus parejas y la consecuente caída en los ingresos familiares. Otras, ante las dificultades económicas y las imposibilidades de dejar a sus hijos pequeños al cuidado de una empleada (esto significaba tener capital económico para pagarle o capital social, para que algún conocido las ayudara), encontraban en los planes sociales estatales una fuente de dinero que se adaptaba a sus situaciones familiares y que les permitía engrosar los ingresos del hogar para cubrir los gastos de alimentación y vestimenta de los más pequeños.

Las trayectorias vitales y laborales desde mediados de 2003

Los cambios macroeconómicos ocurridos a partir de mediados del 2003 fueron presentando otro escenario laboral, que benefició a algunos jefes de familia, quienes lograron insertarse en el mercado de trabajo formal. Se dio entonces una ruptura en algunas trayectorias que significó un avance o progreso -más o menos significativo- en los ingresos monetarios del trabajador y entonces, en el bienestar de su hogar. El cambio ocurrió no en el tipo de actividad productiva realizada, mayormente manual y de bajas calificaciones, sino en su condición: pasó de ser informal a registrada en la seguridad social.

Entonces, algunos jefes de familia mostraron situaciones de *ascenso* en sus trayectorias laborales, coincidentemente con la mejora en la oferta de trabajo a nivel provincia y país. En todos los casos, este progreso laboral se debió a su inserción ocupacional formal, luego de largos itinerarios de empleos precarios y

desprotegidos, mayormente independientes y changas. La nueva situación de empleo se tradujo en mejores salarios y condiciones laborales en el lugar de trabajo, así como posibilidades de acenso hacia puestos superiores. A nivel familiar, en un aumento de los capitales económicos mensuales disponibles para cubrir necesidades y demandas de sus miembros. Estos empleados se sentían a gusto con sus nuevas ocupaciones y más seguros por la previsión que sus ingresos mensuales les daban.

No obstante, en muchas otras familias, aun habiendo logrado el jefe de hogar un empleo formal, los recursos monetarios seguían siendo insuficientes para asegurar la reproducción cotidiana de familias muy numerosas, con hijos pequeños, ya que sus trabajos eran muy básicos, en el sentido de poco o nada calificados, representando un sueldo mínimo.

Otros jefes de hogar y cónyuges registraron *trayectorias de equilibrio*, en el sentido de que no sufrieron grandes transformaciones laborales durante el período analizado. Sin embargo, entre ellos existían también contrastes relacionados con los tipos de empleos poseídos y su antigüedad.

Finalmente, otros aportantes principales mostraban *itinerarios laborales descendentes o de caída*. Es decir, sus condiciones de trabajo, salarios, puestos, descendieron en el período estudiado, impactando negativamente en los niveles de bienestar de sus unidades familiares. Estos eran trabajadores desprotegidos que en algún momento luego de la crisis del 2001 vieron perder sus empleos formales, debieron dejar de trabajar o sus condiciones laborales empeoraron, influenciados por la situación macroeconómica que se vivía. El resultado fue el derrumbe de sus ingresos monetarios, su mayor inestabilidad y entonces, el crecimiento de la incertidumbre y la inseguridad cotidiana. En respuesta a esta nueva situación objetiva que se les planteaba, estos agentes buscaron realizar estrategias para compatibilizar los deprimidos recursos familiares, algunos con más y otros con menos éxito. No obstante, es importante aclarar que no todos los grupos domésticos se encontraban en iguales condiciones objetivas, más allá de las trayectorias de descenso de sus principales perceptores de ingresos. De igual modo, sus capacidades de resistencia frente a contingencias impuestas por el contexto, tanto familiar como extradoméstico y por ende, sus niveles de vulnerabilidad, eran distintos.

En síntesis, la mayoría de los hogares analizados mantuvieron entre el 2001 y el 2008 *trayectorias vitales de continuidad y equilibrio*, porque sus principales perceptores de ingresos conservaron en el tiempo similares condiciones laborales. Al mismo tiempo, se dio una continuidad heterogénea entre ellos: hubo familias en peores situaciones materiales y otras en mejores, porque sus miembros activos contaron con empleos más favorables, porque los componentes en el hogar eran menos y entonces, había menos gastos y más ingresos, además porque poseían mayores capitales culturales y en general mejores condiciones habitacionales.

Por el contrario, las unidades domésticas cuyos perceptores principales contaban con una participación de tipo informal en el mercado de trabajo - mientras más sostenida en el tiempo, más negativa-, eran los que en peores condiciones objetivas y subjetivas de vida se encontraban. A su vez, eran los que más probabilidades tenían de sufrir cambios repentinos, como resultado de transformaciones en el contexto extradoméstico y doméstico, debido a su acotada estructura de oportunidades. En resumen, eran los hogares más vulnerables.

De igual modo, aquellas familias que contaban con trabajadores formales, en todos los casos con trayectorias relativamente cortas, presentaban mejores perspectivas futuras, si bien no estaban exentos de sufrir los avatares del mercado de trabajo, que determinaba que los ingresos por empleo no asegurasen por sí solos la subsistencia del trabajador y su familia y no les permitiesen mantener una trayectoria social-familiar sostenida y mucho menos ascendente.

Para concluir, la posesión de capitales en el hogar, así como sus características sociodemográficas en un momento histórico determinado (composición, tamaño, momento del ciclo vital); el contexto más general, es decir, las condiciones estructurales económicas, sociales y políticas de la época; el tipo de empleo del jefe de familia, y las representaciones internalizadas a lo largo de los itinerarios vitales, condicionaron estas trayectorias individuales y familiares, en el interior y por fuera de las unidades domésticas y las volvieron *ascendentes* o *descendentes*, más o menos prósperas o, en otras palabras, con mayor o menor vulnerabilidad frente a situaciones de inusitada fragilidad.

Las estrategias laborales en situaciones de pobreza histórica

Las estrategias desplegadas por los hogares estudiados a lo largo del período analizado eran en general complementarias entre sí, es decir, no desplegaron

prácticas principales, debido a sus marcadas carencias materiales. La mejor opción para intentar sobreponerse a la caída en su bienestar era combinar diversas estrategias, tanto laborales, como habitacionales, relacionales, de ahorro, que permitieran aumentar los escasos recursos disponibles.

Los miembros activos desarrollaron diversas prácticas en el marco del mercado laboral. Dadas las características educativas de estos trabajadores, hacia el 2001 su inserción en el mercado se había complicado aún más y entonces sus participaciones solían ser cortas y precarias. Entonces, ellos buscaban ampliar sus fuentes de ingresos a través de variados mecanismos de venta de su fuerza de trabajo. El más común era la realización de *changas* de todo tipo, principalmente en la construcción, jardinería, cosecha. Estas actividades remuneradas informales solían hacerlas acompañados de sus esposas, fueran ellas trabajadoras fuera del hogar o sólo amas de casa; y en algunos hogares, los hijos mayores también colaboraban. Estas *changas* tenían de favorable la obtención rápida de algún ingreso necesario para la subsistencia cotidiana; sin embargo, el dinero que generaban era tan escaso y/o esporádico que no significaba una gran ayuda familiar, sino que sólo alcanzaba para comprar lo imprescindible, como era el alimento.

La *participación familiar extensiva* constituyó otro mecanismo de ampliación de la participación laboral de los miembros de los hogares. Así mujeres e hijos jóvenes y adolescentes, se convertían en trabajadores secundarios, que aportaban al hogar y colaboraban con los deprimidos o inexistentes ingresos del jefe de familia. Este ingreso temprano al mercado de trabajo por parte de los jóvenes significaba el abandono seguro de sus estudios secundarios y por ende, la imposibilidad de seguir capacitándose para conseguir un mejor empleo en el futuro. Se observa en este punto, cómo se iba reproduciendo en los hijos la misma situación de pobreza y carencia que caracterizaba a los padres. La necesidad económica de sus familias no les permitía seguir con sus estudios, para poder formarse y alcanzar un porvenir más promisorio. En algunos pocos casos, la realidad material familiar hacía extensiva la participación productiva de la fuerza de *trabajo infantil*, a modo de ayuda de las tareas laborales de los padres. Estas prácticas se asociaban no sólo con cuestiones económicas, sino también culturales y sociales, dado que no todas las familias decidían poner a trabajar a sus niños por más que estuvieran en condiciones de privación absoluta.

Asimismo, las dificultades que imponía a los trabajadores el mercado laboral, en cuanto a la consecución de empleos, llevó a otros a realizar pequeñas tareas o *actividades de producción en el ámbito del hogar*, para su posterior venta en el barrio, o canje por alimentos en el *trueque*. En general, las familias pobres estructurales no lograron desarrollar estas actividades con una envergadura tal que se convirtieran en emprendimientos productivos familiares. La escasez de recursos de todo tipo, volvía imposible la inversión necesaria para la producción de los mismos, evidenciando la importancia de los capitales acumulados y disponibles de los hogares y su condicionamiento sobre las prácticas familiares.

Las significaciones del trabajo

Entre los informantes, el *trabajo* es representado como un elemento central en la reproducción cotidiana de sus hogares pobres. Su importancia y trascendencia radica en primer lugar en su naturaleza de generador de salarios fijos, generalmente mensuales, por reducidos que sean. Lo trascendente es su regularidad, que permite realizar ciertos gastos. Este dinero permite organizar los gastos y la distribución de los mismos.

A su vez, es visto como una necesidad para el trabajador y su familia y profundamente valorado como tal. En consecuencia, hacia el 2001, época en la que reinaba el desempleo masivo y, en el mejor de los casos, el empleo precario, las expectativas futuras se relacionaban con la posibilidad de conseguir un empleo fijo, con un sueldo asegurado y sostenido, que les permitiera evitar la incertidumbre que les generaba el no saber cuánto ganarían por mes en sus trabajos independientes e inestables de subsistencia. El trabajo en relación de dependencia permitía planificar, pensar en el mañana, algo a lo que los miembros de estas familias no estaban acostumbrados. Sus trabajos informales a modo de *changas*, sólo les daba la opción de «sobrevivir» al presente.

Finalmente, el trabajo es conceptualizado como fuente de dignidad, en el sentido de poder «ser alguien» y «alguien de bien»; da la posibilidad de vivir con lo propio y no necesitar nada del otro.

Reflexiones finales

La crisis estructural, económico-social, político-institucional, argentina del 2001 constituyó el punto álgido de una época de deterioro generalizado de las condiciones de vida de distintos sectores sociales que había comenzado hacia los

años setenta y se había profundizado durante los noventa. En este momento el trabajo asalariado dejó de ser el facilitador de la inserción social y por ende el elemento integrador de la sociedad, profundizándose el debilitamiento y la desestabilización de las familias y sus modos de vida y su aislamiento social.

El mercado laboral, caracterizado por la desocupación y la precariedad, erosionó las solidaridades y las identidades, así como las posibilidades del trabajador de relacionarse con agentes de diversos niveles socio-económicos, deteriorando así su capital social y el de sus hogares, además del económico. Así, los hogares vieron afectados sus ya deficitarios niveles de bienestar y siguieron su caída no sólo en lo económico, sino también en lo relacional y subjetivo. Esta situación de caída pronunciada, los llevó a enfrentar los cambios y a modificar aspectos de su vida cotidiana, generando nuevas prácticas domésticas y extradomésticas y manteniendo otras, para asegurar su reproducción cotidiana individual, familiar y social.

Entre las estrategias de generación de ingresos, las más recurrentes fueron las estrategias ocupacionales dirigidas a la búsqueda de inserción y permanencia laboral. La participación productiva de sus componentes activos en el mercado de trabajo, a través de la venta de su fuerza de trabajo, se persiguió bajo cualquier forma que éste revistiera, más allá de que estaba presente en el universo de significados de los agentes sociales, la necesidad y la importancia de que fuera un empleo formal, permanente y sostenido en el tiempo.

Se recurrió a la búsqueda de una participación productiva que, sin embargo, mantuvo sus características de precariedad e inestabilidad, principalmente a modo de changas. Estas prácticas a su vez fueron centrales, pues suponían la inversión de fuerza de trabajo a través del trabajo de los miembros del hogar, y éste constituía, tal como se afirmara, el elemento fundamental en su reproducción social. Es alrededor del empleo que ellos organizaron, estructuraron y programaron sus prácticas, pensamientos y sus historias; el trabajo era la base firme en la que buscaban fundar su proyecto de vida familiar.

Los hogares en situaciones de pobreza estructural no poseen más capitales económicos que su propia fuerza de trabajo, la cual pueden invertir en el mercado, sus capitales culturales y sociales son muy reducidos. De ahí, la importancia que dan a este recurso y mucho más al trabajo protegido. Sin embargo, esta significación muchas veces es sólo el resultado de una interiorización de una idea que reina en

la sociedad y que estas familias hacen suya; un resabio de la anterior sociedad salarial, ya que ellos, en general, no han logrado a lo largo de sus trayectorias insertarse en el mercado de manera formal.

En relación con lo expresado en los párrafos anteriores, es posible afirmar que más allá del nivel de ingresos percibidos, existe una clara asociación entre las condiciones laborales de los principales aportantes, básicamente del jefe de hogar y/o cónyuge –referidas a la percepción de beneficios sociales, a la cobertura de salud y a la permanencia y continuidad en el cargo–, y sus condiciones materiales de vida. Una trayectoria laboral estable implica ingresos seguros y previsión, planificación, sensación de seguridad y entonces, mayores posibilidades de bienestar en las unidades domésticas que administran sus recursos –sean éstos muchos o pocos– de una manera planificada. Por el contrario, trayectorias de rupturas sólo significan estrategias de urgencia, de poca reflexión, que buscan soluciones rápidas, casi mágicas.

Entonces, la desocupación constituye el condicionante principal de las diferentes situaciones de vulnerabilidad que afectan a los hogares y por lo tanto, del despliegue de las estrategias laborales. En consecuencia, el trabajo es el capital fundamental para la subsistencia y para la mejora de las condiciones de vida familiares, aun en el período histórico en que este artículo centra su indagación, así como el factor limitante número uno de altos niveles de bienestar.

Entre los hogares pobres estructurales, las intervenciones laborales eran, por costumbre, precarias, irregulares, de corta duración, frágiles y con requisitos de bajos niveles de capacitación, acordes a los ínfimos valores de escolarización formal de estos agentes.

Los tipos de estrategias que las familias desplegaron en el marco del mercado de trabajo condicionaron el tipo de itinerario que éstas pudieron desarrollar: de rupturas, de continuidades, de estancamiento. De ahí la relevancia que tienen como prácticas sociales, que pueden ayudar a revertir las condiciones negativas materiales y subjetivas de vida. No obstante, el análisis realizado muestra que los hogares no lograron modificar los condicionamientos que limitaban las estrategias y en consecuencia las trayectorias familiares: la falta de capitales disponibles y las estructuras de oportunidades externas a las familias, sólo resultaron modificaciones menores y poco profundas que ayudaron a revertir una situación particular, pero no a transformar las causas que generaban condiciones deficitarias o de carencias.

Como resultado, en general la mayoría de las unidades domésticas estudiadas se vieron obligadas a continuar con sus estrategias frente a una situación desfavorable que mayormente se mantuvo. Éstas se volvieron permanentes, pasando a ser una práctica familiar constante, diaria, estructural, que ya no se correspondía exclusivamente con situaciones de crisis o cambios repentinos.

A su vez, los hogares se focalizaron mayormente en la generación exclusiva de capital económico, a través de estrategias de generación de ingresos monetarios en el mercado. Es decir, no advertían la utilidad de la consecución de otros capitales que les permitiera generar estrategias que no se devaluaran con tanta rapidez. Se dio así una tendencia a la generación de estrategias inmediatas, coyunturales, en el sentido de la resolución de carencias urgentes y sólo de orden material, sólo consiguiendo lo mínimo, lo indispensable, no pudiendo acumular capital.

En los hogares más pobres, la reproducción sostenida en el tiempo –a través de las trayectorias vitales familiares– de realidades de carencia y déficit generan escenarios cada vez más adversos y de más difícil modificación. En consecuencia, las estrategias desplegadas tendientes a revertirlas van perdiendo paulatinamente su capacidad de adaptación y mucho más de cambio o transformación. Por ende, también las deficiencias se acumulan, las oportunidades de avanzar en la solución de sus carencias se reducen y más aún las probabilidades de ascenso social.

En estas condiciones de fragilidad se reproducen sus situaciones particulares de pobreza, como en una especie de círculo vicioso que se transmite intergeneracionalmente en el interior de los hogares, con el avance de sus ciclos vitales. Además, sus capitales se van extinguiendo, ya que no logran generar situaciones de acumulación en la lucha cotidiana por la sobrevivencia. En consecuencia, estas unidades domésticas tienen muy pocas posibilidades reales, concretas, de superar situaciones de pobreza por sus propios medios de mantenerse las condiciones estructurales del presente y de no mediar políticas estatales universales que fortalezcan la generación y acumulación de los distintos capitales imprescindibles para una vida sin privaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, Félix. *La familia en los estudios de población en América Latina: estado del conocimiento y necesidades de investigación*, Papeles de Población, N°37, Año 9, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México, 2003.
- ANGÉLICO, Héctor. *Crisis en el mundo del trabajo*, Buenos Aires. (s/f).
- AZPIAZU, Daniel; BASUALDO, Eduardo; KHAVISSE, Miguel. *El nuevo poder económico en la Argentina de los años '80*, Editorial Legasa, Buenos Aires, 1989.
- BARRERA, Verónica. *Activos y estructura de oportunidades. Jóvenes y mujeres: Las desventajas de las estrategias de inserción laboral de los grupos vulnerables en el Uruguay*, Programa Regional de Becas CLACSO, Buenos Aires, 2006.
- BIDART, Claire y LONGO, María Eugenia. *Bifurcaciones biográficas y evolución de la relación con el trabajo*, Laboratoire d'Economie et de Sociologie du Travail, CNRS/ CEIL/CONICET (s/f).
- BOURDIEU, Pierre. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid, 1998.
- BOURDIEU, Pierre. *Estrategias de reproducción y modos de dominación*. Colección Pedagógica Universitaria, Número 37-38, Universidad Veracruzana, 2002.
- CALCAGNO, Alfredo y CALCAGNO, Alfredo Eric. «La deuda externa, un proyecto político», *Le Monde Diplomatique*, Edición Cono Sur, N°12, junio, 2000.
- CHITARRONI, Horacio y ZUZEK, Cristina. *Estrategias ocupacionales de hogares: una visión dinámica*, Material del Área de Empleo y Población, IDICSO, Universidad del Salvador, Buenos Aires, 2004.
- DALLA TORRE, Julieta. «Estrategias familiares de generación de ingresos. Un estudio comparado de las prácticas cotidianas de reproducción social de hogares en diversas situaciones de vulnerabilidad. Gran Mendoza, 2001-2008», Tesis doctoral, FLACSO. 2010, inédito.
- DALLA TORRE, Julieta. «Trayectorias familiares en el marco de estrategias laborales de generación de ingresos», 9° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires, 2009.
- DALLA TORRE, Julieta y FERREYRA, Martín A. «Impacto de la afirmación del nuevo modo de acumulación y reproducción del capital en la ciudad de Catriel», *Revista Confluencia Sociología*, Editorial Facultad Ciencias Políticas y Sociales, UNCuyo, Mendoza, Año 2, N° 5, Agosto 2005, pp. 131-155.
- DONZA, Eduardo. «Cambio estructural, evolución del ingreso y desigualdad social», en Salvia (dir.) *La nueva caída en la modernidad. Heterogeneidad y estrategias*

- familiares de vida en sectores populares del Gran Buenos Aires. *Estudios de caso*. Documentos de Trabajo N°19, Instituto Gino Germani, UBA, Buenos Aires, 2000.
- EGUÍA, Amalia y ORTALE, Susana (coords.). *Los significados de la pobreza*. Biblos/Sociedad, Buenos Aires, 2007.
- EGUÍA, Amalia y ORTALE, Susana. «Estudio comparativo de los efectos del ajuste económico en familias de sectores pobres y medios. Testimonios de mujeres», en EGUÍA, A.; SAUTÚ, R. y ORTALE, S. *Las mujeres hablan: interpretaciones de la crisis y el ajuste económico entre mujeres de clase media y popular*. Editorial Al Margen/Edit. UNLP, Buenos Aires, 2000.
- EGUÍA, Amalia; ORTALE, Susana; DIONISI, Karina; PAGNAMENTO, Licia y WEINGAST, Diana. «Propuesta de un enfoque para el estudio de las condiciones de vida de familias pobres urbanas, en *Pobres, pobreza y exclusión social*, CEIL, CONICET, Buenos Aires, 2000.
- FEIJÓO, María del Carmen. *La pobreza según se mida*. Asociación Argentina de Políticas Sociales, 2003. Disponible en: <http://www.aaps.org.ar/arlappobrez.html/>
- FRASSA, María Juliana. *Trayectorias personales, laborales y representaciones sociales sobre el trabajo. Estudio de caso*, 7° Congreso del ASET, Buenos Aires, 2005.
- FRASSA, María Juliana y MUÑIZ TERRA, Leticia. *Trayectorias laborales: origen y desarrollo de un concepto teórico-metodológico*, IV Jornadas de Etnografía y Métodos Cualitativos, IDES, Buenos Aires, 2004.
- GLASER, Barney y STRAUSS, Anselm. *The Discovery of Grounded Theory*. Aldine Publishing Company, Chicago, 1967.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes. «Espirales de desventajas: pobreza, ciclo vital y aislamiento social», en SARAVÍ, G. (editor). *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, Prometeo Libros/CIESAS. Buenos Aires, 2007.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes. Oportunidades y capital social, en *Aprender de la experiencia: el capital social en la superación de la pobreza*, Libro de la CEPAL, N° 86, Santiago de Chile, 2005.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes. *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*. El Colegio de Jalisco/CIESAS, Guadalajara, 1986.
- GONZÁLEZ, Rodrigo; MALFA Gold, José L. y SCHEJTER, Constanza. «Mercado laboral del Gran Mendoza. Comportamiento de la oferta y la demanda Laboral. Análisis del desempleo», 6° Congreso Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires, 2003.
- GOREN, Nora, SUÁREZ, Ana Lourdes y GÓMEZ, Silvia. «Hogares y mercado de trabajo en el Gran Buenos Aires», 8° Congreso Nacional del ASET, Buenos Aires, 2007.
- GRAFFIGNA, M. Luisa. «Trayectorias y estrategias ocupacionales en contextos de pobreza: una tipología a partir de los casos». *Trabajo y Sociedad*, N°7, vol.VI, Santiago del Estero, 2005.
- LOZANO, Claudio y RAFFO, Tomás. *Pobreza e indigencia. Mapa actual, evolución reciente y tendencias*, Instituto de Estudios y Formación, CTA, Buenos Aires, 2004.
- KATZMAN, Rubén (2000): *Notas sobre la medición de la vulnerabilidad social*, Serie Documentos de Trabajo del IPES/Colección Aportes Conceptuales N° 2, Uruguay.
- MINUJIN, Alberto (edit.). *Desigualdad y exclusión*, UNICEF/Losada, Buenos Aires, 1993.
- MOSER, Caroline. *Reassessing urban poverty reduction strategies: The asset vulnerability framework*, The World Bank, Vol. 26, N°1, Washington DC, 1998, pp. 1-19.
- MUÑIZ TERRA, Leticia. «El aporte del concepto de trayectoria laboral para el estudio de las vivencias de los ex trabajadores de YPF: reflexiones a partir de la práctica». 7° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires, 2005.
- MURMIS, Miguel y Feldman, Silvio. «La heterogeneidad social de las pobrezas», en: MINUJIN, Alberto (comp.). *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*, UNICEF/Losada, Buenos Aires, 1993.
- MURMIS, Miguel y FELDMAN, Silvio. «De seguir así», en: BECCARIA, Luis y LÓPEZ, Néstor (comps.) *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, UNICEF/Losada, Buenos Aires, 1997.
- NEFFA, Julio César. *Modos de regulación, regímenes de acumulación y sus crisis en Argentina (1880-1996)*. Eudeba, Buenos Aires, 1998.
- ORTALE, Susana; WEINGAST, Diana; PAGNAMENTO, Licia y ATTADAMO, Silvia. «Condiciones familiares de vida en los '90. Testimonios de mujeres de sectores pobres y medios del Gran La Plata», en EGUÍA, A., SAUTÚ, R. y ORTALE, S. *Las mujeres hablan: interpretaciones de la crisis y el ajuste económico entre mujeres de clase media y popular*. Editorial Al Margen/Edit. UNLP, Buenos Aires, 2000.

- RAPOPORT, Mario y colaboradores. *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Ediciones Macchi, Buenos Aires, 2000.
- SALVIA, Agustín (coord.). «Cambio en los patrones de reproducción social y de distribución del ingreso en un contexto de reformas institucionales y reestructuración económica. Un estudio sobre el Gran Buenos Aires: 1992-2003», 8º Congreso, ASET, Buenos Aires, 2007.
- SALVIA, Agustín. «Condiciones de vida y estrategias económicas de los hogares bajo los cambios estructurales. Gran Buenos Aires. 1990-1999», *Cuadernos CEPED* N°4, Buenos Aires, 2000.
- SALVIA, Agustín (dir.). «La nueva caída en la modernidad. Heterogeneidad y estrategias familiares de vida en sectores populares del Gran Buenos Aires. Estudios de caso», *Documentos de Trabajo* N°19, Instituto Gino Germani, UBA, Buenos Aires, 2000.
- SALVIA, Agustín y VERA, Julieta. «Cambios en las Condiciones de Inserción Socio-ocupacional de los hogares 1991-2001. Estudio comparado de: Gran Buenos Aires, Gran Córdoba, Gran Mendoza, San Luis y El Chorrillo, Gran Tucumán y Tafi Viejo y Neuquén y Plottier», *Cuadernos del CEPED* N°8, Buenos Aires, 2004.
- SARAVÍ, Gonzalo (editor). *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*, Prometeo Libros/CIESAS, Buenos Aires, 2007.
- SUÁREZ, Ana Lourdes. «Erosión del capital social en contextos de aislamiento social», IV Encuentro Anual de Investigación, UNGS, Buenos Aires, 2004.
- TRAPÉ, Alejandro (coord.). *La economía de Mendoza. Análisis sectorial y propuestas de política económica*, FCE, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2004.
- WORTMAN, Ana. Relaciones de dominación social argentina: la desigualdad social, en *Construcción imaginaria de la desigualdad social*, CLACSO, Buenos Aires, 2007. Disponible en: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/wortman/Capitulo_I.pdf/

Otras fuentes consultadas

- SIEMPRO (Sistema de Información, Monitoreo y Evaluación de Programas Sociales). «Pobreza e indigencia», Presidencia de la Nación, 2006. Disponible en: <http://www.siempro.gov.ar/>
- DEIE. «Resultados de estudio de condiciones de vida de los hogares rurales y urbanos, parte 1», Gobierno de Mendoza, 2006. Disponible en: <http://www.deie.mendoza.gov.ar/>
- DEIE. «Situación social». Mendoza 2000-2007, Gobierno de Mendoza. 2007.